

“La Sombra del Viento”, de *Carlos Ruiz Zafón*

Carlos Ruiz Zafón sitúa en la Barcelona de la posguerra, de los años 40 y 50, la trama de ésta novela, la quinta en su haber.

El hecho de que “*La Sombra del Viento*” se mantuviera durante innumerables semanas como número uno de las listas de ventas españolas puede resultar sorprendente, si tenemos en cuenta que el autor, allá por el 2002, era prácticamente desconocido para el “Gran Público”. Nadie después de haberla leído puede sugerir que su éxito sea fruto de la casualidad.

Ruiz Zafón hace navegar al lector entre los años en que Barcelona lo fue todo y en los que no fue nada con una maestría especial. A través de los ojos de su protagonista nos traslada a una ciudad gris y sombría, temerosa de sí misma y de quienes habitan en ella, hijos naturales de las consecuencias de una Guerra Civil, la española, desastrosa para la ciudad.

A la par, y gracias a la propia trama de la novela, nos hace viajar a la Barcelona prebélica, la de los años veinte y principios de los treinta, donde éxito y miseria van cogidos de la mano, donde el romanticismo es una opción que impera en los sentimientos y en la cultura, donde un clasicismo caduco da sus últimos estertores, donde los sueños se anteponen a las realidades, donde una revolución incipiente se palpa en las calles.

Durante las primeras cien páginas (más o menos) la novela trota por un camino indeterminado, en una dirección a veces clara y otras veces difusa, lo que puede provocar cierto desconcierto, e incluso desencanto, en el lector. Sin embargo, la siempre presente sombra del misterio del libro y de su creador (Caralt) y la certeza de que detrás de todo aquello aún hay mucho más, consiguen sacarnos de nuestro desaliento.

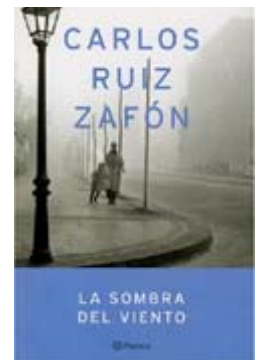
Ese algo más se descubre a partir de la página cien (más o menos), donde descubrimientos, sorpresas, encuentros y realidades se suceden hacia el climax final, altamente previsible pero no exento de emoción, interés e intriga ya que sabemos lo que va a pasar, pero no el cómo...

Porque no hay que olvidar que ésta es una novela de intriga que comienza con el descubrimiento de un libro olvidado por parte de un chiquillo y la necesidad de un tercero en hacerse con ese libro y destruirlo. Y como buena novela de intriga no faltan ninguno de los personajes que hace grande al género: el protagonista, bueno e inocente; la mujer idealizada y fatal; los “malos” terribles, el personaje misterioso y un montón de secundarios que ayudan no sólo a comprender el contexto histórico y social en el que se sitúa la obra, sino que aportan la dosis necesaria de implicación emocional que provoca el interés y la expectación del lector.

Hay que decir que los personajes están bien contruidos lo que nos ayuda a integrarnos en la novela. A destacar *Fermín Romero de Torres*, *Don Fernando*, *Nuria Monfort* y el propio inspector *Fumero*, a parte de *David*, el protagonista. La fuerza de la novela reside, en gran parte, en la complicidad que se crea entre el lector y ellos, los personajes, buenos y no tan buenos, malos y no tan malos. Cada uno con su propia historia, con su pasado a cuestas y con un presente que en la mayoría de las ocasiones no depende de su voluntad sino de terceros y a veces de su propia locura o de la locura social en la que están inmersos.

Para finalizar, otro punto a favor de “*La Sombra del Viento*” es el estilo con el que está escrito. Cordial, directo, sin artificios que lo recarguen. Quizás porque no necesite ser recargada. EL estilo hace que su lectura sea ágil y su comprensión, rápida.

Sin lugar a dudas es una de las mejores novelas, en lengua hispana, que se han escrito en los últimos años y sólo por ello merece ser leída. Quizás descubramos que nosotros tenemos a nuestro propio *Lain*.



VALORACIÓN:



COMIENZA ASÍ:

“Todavía recuerdo aquel amanecer en que mi padre me llevó por primera vez a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Desgranaban los primeros días de verano de 1945 y caminábamos por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derramaba sobre la Rambla de Santa Mónica en una guirnalda de cobre líquido”

